

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LAS PRESIONES DEL AMBIENTE

VULNERABILIDAD

ME preocupa ver cómo ciertos individuos —o ciertos grupos humanos— están expuestos a las presiones del ambiente, cómo carecen de lo que pudéramos llamar «identidad», son incapaces de resistir a la moda, o a la descalificación de los demás, o a la intimidación, según los casos. En lugar de mantener la coherencia que corresponde a una personalidad, la cual necesariamente cambia, pero sin saltos, con la continuidad de un «argumento», de una trayectoria originada en la persona misma, en interacción con su ambiente, se dejan llevar en cualquier dirección —y sucesivamente en direcciones incongruentes—, tienen que ir desechando, repudiando o haciendo como que olvidan las partes de su trayectoria que han quedado atrás.

La primera experiencia en masa que tuve de estos fenómenos fue la guerra civil española. A ambos lados, fueron legión los españoles que tomaron posturas inauténticas, mostrencas, falsas, que no respondían a sus convicciones, que nada tenían que ver con sus actitudes anteriores al 18 de julio de 1936, en manifiesta insolidaridad con éstas. Aunque era muy joven, sentía asombro al ver que tantos amigos o conocidos, uno tras otro, iban profesando lo que no sentían ni creían, iban falsificando su vida, por ambición, temor o sugestión. En la zona republicana, análogo fenómeno se produjo tres años después, al terminar la guerra; allí fueron otra vez las posturas, impulsadas por el viento. Desde entonces, he contemplado, entre divertido y asqueado, la pendulación de los que han pasado ante mí una vez y otra, oscilando de izquierda a derecha de derecha a izquierda, clodoveos que quemaron lo que adoraron y adoran lo que quemaron. ¿Hay algo más cómico que el reciente entusiasmo por Azaña de los que más lo combatieron, de los que tomaron partido hasta la muerte contra él y todo lo que representaba, de los que contribuyeron a su caída y radical sustitución, para venir a descubrir ahora que era admirable, depósito de todas las virtudes y talentos políticos? No se puede evitar la idea de que no fueron muy perspicaces entonces o no lo son ahora; a no ser que hayan carecido de perspicacia en una y otra ocasión.

Las razones de esa vulnerabilidad, de esa radical inconsistencia, suelen ser morales, pero sobre todo de una forma particular de moral que es la «moral intelectual». El hombre suele estar en estado de duda; es frecuente que no vea las cosas claras; pero el que alguna vez ha entendido de verdad algo, el que ha hecho la experiencia de la evidencia, distingue entre entender y no entender, entre la difícil certidumbre y la probable incertidumbre y oscuridad; y, naturalmente, se esfuerza hacia la primera. Pero son muchos los que no han visto nunca nada claro, y como esta experiencia es enojosa, la dan por inválida y se desinteresan de la claridad, renuncian a ella, la sustituyen por cualquier posición «adoptada» por unos u otros motivos, entre

los cuales no se cuenta la evidencia o la justificación racional.

Uno de los ejemplos más notorios de vulnerabilidad lo dan ahora ciertos grupos de sacerdotes. Los vemos, con una actitud ingenua, primaria, sin crítica, adoptar ideologías sumamente problemáticas, inconexas con el cristianismo, en modo alguno evidentes, y que suelen forzarlos a actitudes que no siempre se ajustan bien a su ministerio. El número de casos de inseguridad, desconcierto, crisis o abandono es demasiado grande para que pueda dársele una explicación casual.

Esto parece sorprendente; yo creo que no lo es tanto; al contrario, era perfectamente previsible; y además tiene antecedentes históricos. Como el pasado se olvida demasiado, y el siglo XVIII ha sido la época predilecta de los olvidadizos, no se suele recordar que una gran mayoría de los eclesiásticos posteriores a 1750 eran sensualistas. A fines de siglo, la gran autoridad no era, por supuesto, Santo Tomás, sino Condillac (que, por cierto, era un clérigo). La razón de ello es que la Iglesia, a pesar de la buena voluntad de Descartes, de su sincera fe católica, de que había puesto todo su empeño en asegurar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, no admitió el cartesianismo. La cerrazón del siglo XVII impidió que se superara la escolástica —sin perderla—, que se la integrara en formas de pensamiento afines al cristianismo y perfectamente actuales, que respondían a las necesidades y problemas de la época. Ni Descartes ni Leibniz pudieron informar el pensamiento escolástico; los intentos de Bossuet y Fénelon fueron pronto eliminados; la hostilidad al jansenismo —fuesen cualesquiera sus dificultades o limitaciones— renunció también a una renovación teológica y religiosa. Y el «pensamiento escolástico», aferrado a fórmulas insuficientes y anacrónicas, dejó bien pronto de ser pensamiento.

En el siglo XVIII, frente a la ofensiva de los «ilustrados» franceses —los de otros países no tanto, los españoles prácticamente nada—, la mentalidad escolástica se encontró inerme. Se produjo una volatilización del tomismo y todas las formas de la escolástica —se los conservó sólo nominalmente y en algunos manuales, no todos—, y la mayor parte de los eclesiásticos se embarcaron en una posición filosófica tan difícilmente conciliable con el cristianismo —y tan limitada y endeble— como el sensualismo.

No es muy distinta la situación actual. Desde el siglo XIX, sobre todo desde la nueva imposición del tomismo y la repulsa general de todo lo «moderno», la Iglesia había manifestado su hostilidad a todo intento de renovación del pensamiento teológico o filosófico, incluso cuando se habían originado en su seno. No digamos de las formas de pensamiento que se habían originado fuera de su área, sin molestarse demasiado en averiguar si eran o no conciliables con el cristianismo, si acaso tenían profunda afinidad con él.

La teoría de la evolución fue alradamente rechazada, sin molestarse en ver si era o no —o hasta qué punto— verdadera; sin advertir, por supuesto, que lo que la hacía «anticristiana» era precisamente la repulsión que encontró en el cristianismo; y que sus versiones anticristianas —que las hubo— eran «científicamente» falsas e insostenibles. De igual modo, las innovaciones políticas, el liberalismo, las diversas formas —tan distintas— de socialismo que se sucedieron a lo largo del siglo XIX, fueron rechazadas por igual. Cuando, en el siglo XX, surgen una serie de visiones filosóficas de la realidad que precisamente significan la superación de los viejos elementos paganos que permanecían adheridos al cristianismo, la apertura del horizonte hacia una interpretación personal de lo humano, la Iglesia jerárquica ha solidado permanecer impermeable hasta hace menos de quince años.

Cuando se considera lo que ha sido la formación intelectual del clero —con diferencias apreciables entre los distintos países, pero no decisivas—, cuando se piensa en lo absolutamente inadecuadas y extemporáneas que eran sus ideas filosóficas y teológicas, privadas de todo lo que ha sido vivaz y creador en los últimos setenta u ochenta años, ¿cómo puede sorprender que al primer contacto con una atmósfera menos confinada tantas cosas se hayan venido abajo? Sin armas adecuadas, ¿cómo resistir? Sin evidencias y hábitos de justificación intelectual, sin experiencia de lo que ha sido de verdad el pensamiento contemporáneo, ¿puede pedirse claridad y equilibrio?

Los «conservadores» que ahora se rasgan los hábitos al ver adónde han ido a parar en buena parte dos generaciones de eclesiásticos, ¿tienen derecho a hacerlo? Recuerden lo que les han enseñado; repasen lo que ha sido la enseñanza en los Seminarios; lo que han sido durante decenios los libros de texto; cómo se ha evitado el contacto con todo lo nuevo y creador; cómo se ha inculcado la desconfianza y el recelo frente a todo lo «moderno»; cómo se han escamoteado tres cuartos de siglo de espléndida filosofía.

El sensualismo tenía muy poco porvenir. Era una filosofía limitada y angosta, de corto aliento, en la cual no era posible instalarse. Muy pronto resultó confinada e irrespirable, hubo que ir más allá. Europa volvió a filosofar en serio. La Iglesia, entonces, cometió el mismo error que en el siglo XVII, y este nuevo error es el que estamos pagando. ¿Qué ocurrirá cuando —muy pronto— sea patente la inanidad, la insuficiencia, la tosquedad, el arcaísmo de las posiciones ideológicas que han fascinado a tantos sacerdotes de nuestro tiempo? Es de esperar que no se repita la misma triste historia, que esta vez se salga al aire libre, que vuelva a haber, al cabo de tres siglos y medio, pensamiento cristiano.

Julión MARIAS

UNA «ESCAPADA» MIRANDO HACIA ATRAS CON ANSIA

DE vez en cuando, los comentaristas de prensa y los sociólogos más doctos coinciden y reincluyen en el tema: la gente de nuestros días tiende a «evadirse» de su circunstancia. O dicho de otro modo: una extensa gama de preferencias sociales, en la actualidad, buscan apoyo o ánimo en inspiraciones del pasado. Se podría afirmar que por todas partes y a todos los niveles florece la nostalgia. Ya no es lo que siempre ocurrió. En cualquier época y lugar, nunca dejó de haber personas aferradas al ayer, a los gustos y a los disgustos ancestrales, a la tradición veneranda. Lo de hoy presenta una superficie prácticamente general, y, desde luego, carece de voluntad «regresiva». El hecho de que se refleje en formas y en usos más bien triviales no quite importancia al asunto. Quizá, por el contrario, sirve para centrarlo en su justo alcance. La indumentaria, las películas, las canciones, la decoración, las lecturas, no pocos entretenimientos, quedan notoriamente condicionados por la referencia insistente a tiempos más o menos remotos. Desde la afición a los productos que llaman «camp» hasta la evisión de chatarra de anticuarios, pasando por Visconti y la prosperidad de la hipica, el repertorio de datos resulta tan vasto como escandaloso. Y si estos vagos entusiasmos «arcalzantes» no responden a una verdadera «nostalgia», lo parecen. En principio, al menos.

El fenómeno, repito, afecta a toda la sociedad. Si se refleja con mayor intensidad en un sector —de clase o de edad—, es un detalle de relativa relevancia. Sería explicable que la «nostalgia» en cuestión se redujera a las capas altas y empingorotadas y al vecindario entrado en años: explicable, o cómodo de explicar, que lo mismo da. Pero no. No nos enfrentamos con un simple residuo conservador. En el fondo, tal vez haya mucho de eso: de neo-conservadurismo. Pensemos que ciertos ejercicios obviamente caros, antes reservados a los grandes bolsillos, empezaban a ser asequibles a individuos de media capa: ya que cité la equitación, valga el ejemplo. Montar caballos fue —en medio mundo— un deporte aristocrático, y ahora está al alcance de un tendero jovial, de los «cuadros» urbanos, de un registrador de la propiedad. También el ornato de los domicilios ingresa en una fase de —passez le mot— democratización, y no hace falta ser literalmente

rico para colocar en la sala de estar cuatro cachivaches anclanímicos y con patina. Más aún: para los presupuestos domésticos más tímidos, los profesionales del ramo proporcionan imitaciones afectuosas. Todo eso es exacto. Pero lo es igualmente que los chicos discos se visten con trajes anacrónicos y ponen en su «pick-up» discos internamente pasados de moda. El mimetismo llega incluso a contaminar al proletariado militante.

Y es lógico, el fin y al cabo. En la medida en que el mecanismo ha conseguido un mínimo de estabilidad en los círculos más conspicuos y seguros, los estamentos de resignada subalternidad se integran a la maniobra: no quieren ser menos. Y no sólo es eso, por supuesto. Porque no todo emana de las «élites». Bastará invocar al cine, como indicio. La cantidad de celuloide que, cargado de historietas de un «pasatismo» riguroso, pasa a las pantallas, resulta impresionante: el Imperio romano —pobre, tan manido— y otros Imperios similarmente lejanos, la Edad Media, el enterro Far West, la inagotable mina del XIX del uno y el otro lado del Atlántico, la «belle époque», los «felices veinte»... Las multitudes anónimas disfrutan con tales manufacturas, y no es imprescindible que vengan avaladas por un director excelso ni que las alaben los críticos especialistas para que obtengan brillantes éxitos de taquilla. Y, para redondear el apunte, añadiré que, para la clientela, el «pasado» empieza hace cuatro días. Eso del «camp», o del «kitsch», o como sea que jueguen a apellidarlo, pertenece a mi juventud, y yo acabo de cumplir los cincuenta.

No conviene exagerar, y exagerar sería si afirmásemos que sólo por ahí van las inclinaciones de la ciudadanía. Por las vistas que uno hace a los amigos, y por los catálogos y anuncios que facilita la industria del mueble, se deduce que los hogares de establecimiento reciente no todos caen en la trampa. Y, de tarde en tarde, se ven sillones y camas, lámparas y paredes, de una «modernidad» irrefragable: proyectados habitualmente en función de la mayor placidez física y moral del usuario. En definitiva, el «progreso» también ha llegado ahí... Sin embargo, más frecuentes son los bargueños, las cornucopias, los asientos inhóspitos, la marquetaría rococó, pinturitas de un «pompiér» vertiginoso, papeles murales delicadamente florea-

dos. Globalmente considerada la cosa, podríamos creer que los habitantes del XX agónico —los relativamente pudientes— desean vivir en pleno estilo Renacimiento o de uno de los Luises de marca. Los resultados suelen pecar de un abigarrado confusionismo, pero cada cual se apaña como Dios le da a entender... Me estoy refiriendo a las viviendas y a su adorno, porque constituyen un punto precioso de reflexión. En otros aspectos, el problema es paralelo y hasta más banal. Los cuplés, las vestimentas, los films, los caballos, los automóviles arqueológicos y demás veleidades del coleccionismo, todas esas veleidades, convergen en la definición. ¿Nostalgia?

Puede que sí, puede que no. Hay algo que no admite réplica: las fantasías aberrantes del dormitorio o del comedor, o del traje, o del tocadiscos, no representan un «no» a las bondades más descaradas de la tecnología. Se podría estatuir una conclusión firme: cuanto más perversamente renacentista, barroco o «modern style» es el salón, tanto más bien pertrechadas de electrodomésticos están las dependencias serviles de la casa, cocina o lavadero. Y no digamos ya lo que atañe a la salud: el botellero, la confianza en la clínica, el saber de los facultativos. De los negocios, ni siquiera sería oportuno hablar. Quizá ya han diseñado un teléfono que concuerde con el aire isabelino —de Isabel I o de Isabel II— del habitáculo. Los diseñadores de que disponemos son capaces de cualquier cosa... Habrá tanta «nostalgia» como se quiera, pero nadie se chupa el dedo. Si entre los partidarios de la «peregrinación a las fuentes», gandhianos, tolstoyanos o lanzadelvastianos, practicantes de la ruca y del naturismo, no se renuncia a la aspirina ni al teléfono de urgencia, ya se me dirá lo que harán los «nostalgicos» del consumismo total. Aquí no hay nadie que en serio reniegue de los trucos que nos vienen de las máquinas, del comercio o de los laboratorios. Nadie.

Buscando una justificación al episodio, los doctos opinan que nos hallamos frente a una reacción, o frente a una reticencia, respecto al uniformismo que impone la industria: una industria, si vale la coleta, «a ultranza». Al volver la vista atrás, intentamos agarrarnos a una ilusión boba: la de que, de alguna manera, «escapamos» a la conformación masiva del tinglado

en que estamos insertos. Es como aquellas señoras que viven en un piso céntrico de ciudad saturada de monóxido de carbono, y cultivan unos tiestos en la terraza o un canario en su jaula. O peor, porque en el fondo hay una especie de miedo: el miedo a ser lo que hoy más remedio que ser. Afortunadamente, todo se reduce a «nostalgia», es decir, a pasar el rato con la propia imaginación. No cabe ninguna comparación con el tradicionalismo correoso y agreste de nuestros abuelos. Las «tradiciones» se evaporan. Contra lo que sostuvieron sus enemigos, los tradicionalistas no fueron nostálgicos: sencillamente pretendían clavar el clavo por la cabeza, y para ellos el «pasado» no había pasado del todo. El drama actual —drama es un término abusivo— se limita a la perplejidad.

No existe el menor deseo de «volver». La idea de que «cualquier tiempo pasado es mejor» no sirve ya. Sospecho que los poetas y los filósofos más o menos antiguos que proliferaron esa sentencia tampoco creían en sus palabras. Tendríamos que discutir mucho acerca de la materia, naturalmente: la historia y sus peripecias amargas puede llevarnos a añorar las situaciones más penosas porque la nuestra las supera en desastre. No es éste el caso que nos ocupa. Yendo por la calle y viendo la cara de los transeúntes, se adivina que nadie estaría dispuesto a creer en los versitos de don Jorge Manrique. Los abuelos más empedernidos —por poca consciencia que conserven— se adhieren al médico y al televisor; quieren seguir viviendo. El «tiempo pasado» fue decididamente peor. Cualquier tiempo pasado. Esto salta a la vista, en una apreciación subjetiva y, jaito!, objetiva... Pero un reconcomio curioso, y tal vez masoquista, induce a los pobladores de la ciudad a «eludir» su destino. Les acongoja el asfalto y el edificio de pisos, y les abruma vivir en el siglo XX de las postrimerias. Sus excursiones de fin de semana ya admiten ser juzgadas como «escapadas». Las alucinantes manipulaciones «nostálgicas» del mobiliario y la decoración, y lo «camp» y lo «kitsch», y hasta colocar tablas góticas o esculturas románicas —originales o copias— en los pasillos, es una «escapada». Y no me parece mal, que conste. Otro día diré por qué.

Joan FUSTER

PINTURA - EMPAPELADO

Colocación de Parquet, Moqueta y Pavimentos Plásticos. Trabajo garantizado. Presupuestos sin compromiso. Amplias facilidades de pago. DECO-

YAMO. Pje. Agregación, 5. Teléf. 235-37-15

RC SRA. VIUDA SR. VIUDO

Vuélvase a dar sentido a su vida. Correspondencia amistosa o encuentros con finalidad matrimonial. Pida folleto que recibirá sin indicación exterior. Envíe 6 sellos de 2 ptas. RELACIONES CLUB. Apartado 460. Sabadell

¡HERNIADOS!!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe, por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP», Travesera de Gracia, 10, pral. (junto Plaza Calvo Sotelo). BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. n.º 1.322). Visitas de 10 a 1 y de 4 a 7.